



blo romano, sólo los contuvo la autoridad de Carlos Martel, cuya asistencia el papa Gregorio II había implorado. El nuevo reino de España, que se llamaba en aquellos primeros tiempos el reino de Oviedo, se iba aumentando con las conquistas y conducta de Alfonso, yerno de Pelayo, que á ejemplo de Recaredo, de quien descendía, tomó el nombre de *Católico*. Murió Leon, y dejó, así el imperio como la Iglesia, en una grande agitacion. Artabaso, pretor de Armenia, se hizo proclamar emperador en lugar de Constantino Coprónimo, hijo de Leon, y restableció las imágenes. Despues de la muerte de Carlos Martel, amenazó Luitprando nuevamente á Roma, el exarcado de Rávena estuvo en peligro, y la Italia debió su salud á la prudencia del papa San Zacarías. Embarazado Constantino en el Oriente, sólo cuidaba restablecerse; derrotó á Artabaso, tomó á Constantinopla y la llenó de castigos. Los dos hijos de Carlos Martel, Carlo-Magno y Pipino, habían sucedido en el poder de su padre; pero disgustado Carlo-Magno del siglo, en medio de sus grandezas y de sus victorias, abrazó la vida monástica. Por este medio reunió Pipino todo el poder en su persona; súpole mantener con su gran mérito, y formó el designio de elevarse al trono. Childerico, el más infeliz de todos los príncipes, le abrió el camino y juntó á la calidad de perezoso la de insensato. Disgustados de ellas los franceses, y acostumbrados tanto tiempo había á la casa de Carlos Martel, fecunda en hombres grandes, no tenían otro embarazo que el juramento que habían prestado á Childerico. Con la respuesta del papa Zacarías se creyeron libres, y tanto más desempeñados de él, cuanto había ya doscientos años que su rey y sus antepasados parecían haber renunciado al derecho de mandarles, dejando unir todo el poder al cargo del maestro del palacio. Así Pipino fué elevado al trono, y reunido el nombre de rey con la autoridad. Halló el papa Estéban en el nuevo rey el mismo celo que Carlos Martel había tenido por la Santa Sede contra los lombardos.

Despues de haber infructuosamente implorado el socorro del emperador, se echó en los brazos de los franceses. Recibióle el rey en

Francia con respeto, y quiso ser consagrado y coronado de su mano. Al mismo tiempo pasó los Alpes, libertó á Roma y al exarcado de Rávena, y redujo á Astolfo, rey de los lombardos, á una paz justa. El emperador entre tanto hacia la guerra á las imágenes, y por buscarse el apoyo de la autoridad eclesiástica, juntó un numeroso concilio en Constantinopla. Por tanto, no comparecieron, segun la costumbre, los legados de la Santa Sede, ni los obispos ó legados de las otras sillas patriarcales. En este concilio, no sólo se condenó como idolatría todo el honor dado á las imágenes en memoria de los originales, sino tambien la escultura y pintura, como artes detestables; opinion que era de los sarracenos, cuyos consejos se decia haber Leon seguido cuando derribó las imágenes. Con todo esto nada se dijo contra las reliquias, y así el concilio de Coprónimo no prohibió el honrarlas, ántes bien fulminó el anatema contra los que rehusasen recurrir á las oraciones de la Virgen Santísima y de los santos. Los católicos, perseguidos por el honor que daban á las imágenes, respondieron al emperador que ántes sufrirían las más extremas penalidades que dejar de honrar á Jesucristo aun en su sombra. Entre tanto, Pipino repasó los Alpes y castigó al infiel Astolfo, que rehusaba ejecutar el tratado de paz. No recibió jamás la Iglesia romana don más bello que el que le hizo entónces este piadoso príncipe. Dióle las ciudades que había recobrado de los lombardos, burlándose de Coprónimo, que pedia su restitucion, él, que no había podido defenderlas. Desde este tiempo fueron poco reconocidos en Roma los emperadores; ellos se hicieron allí despreciables por su flaqueza y odiosos por sus errores, y Pipino fué mirado como protector del pueblo y de la Iglesia romana, cuya calidad se hizo como hereditaria en su casa y en los reyes de Francia. Carlo-Magno, hijo de Pipino, la mantuvo con no menor esfuerzo que piedad. El papa Adriano recurrió á él contra Desiderio, rey de los lombardos, que había tomado muchas ciudades y amenazaba á toda Italia. Pasó Carlo-Magno los Alpes; todo se le humilló; Desiderio vino á su poder; los reyes lombardos, enemigos de Ro-



ma y de los papas, fueron destruidos; Carlo-Magno se hizo coronar rey de Italia, y tomó el título de rey de los franceses y de los lombardos. Ejercitó al propio tiempo en Roma misma la autoridad suprema con el carácter de patricio, y confirmó á la Santa Sede las donaciones del rey su padre. Los emperadores resistían con dificultad á los búlgaros, y en vano imploraban contra Carlo-Magno á los lombardos desposeídos. La contienda sobre las imágenes duraba siempre. Pareció al principio que Leon III, hijo de Coprónimo, se hubiese aplacado, pero renovó la persecucion al punto que se creyó seguro. Murió bien presto. Sucedió su hijo Constantino, de edad de diez años, y reinó bajo la tutela de la emperatriz Irene, su madre. Comenzaron entónces las cosas á mudar de semblante. Paulo, patriarca de Constantinopla, declaró hácia el fin de su vida que había hecho guerra á las imágenes contra su conciencia, y se retiró á un monasterio, donde delante de la emperatriz lloró la infelicidad de la iglesia de Constantinopla, separada de las cuatro sillas patriarcales, y le propuso la celebracion de un concilio general, como único remedio de tan grande mal. Su sucesor Tarasio sostuvo que la cuestion no se había juzgado segun orden, por haberse comenzado por un decreto del emperador, seguido de un concilio tenido contra la forma regular, cuando en materias de religion toca al concilio el empezar y á los emperadores apoyar el juicio de la Iglesia. Fundado en esta razon, no aceptó el patriarcado, sino con condicion de que se tendria un concilio universal. Empezóse éste en Constantinopla, y continuó en Nicea, y el papa envió á él sus legados; fué el concilio de los iconoclastas condenado, y ellos detestados, como gentes, que á ejemplo de los sarracenos, acusaban de idólatras á los cristianos. Decidióse que fuesen honradas las imágenes en memoria y reverencia de los originales, lo cual se llama en el concilio *culto relativo, adoracion y salutacion honoraria*, que se distingue del *culto supremo y adoracion de latria ó de entera sujecion*, que el concilio reserva á sólo Dios. Á más de los legados de la Santa Sede y de la presencia del patriarca de Constantinopla, con-

currieron allí legados de otras sillas patriarcales, suprimidas entónces de los infieles. Algunos les han disputado su mision, pero lo que no se ha disputado es, que tan léjos estuvieron de negarla, que todas aceptaron el concilio, sin que se descubran señales de contradiccion, y así fué recibido de toda la Iglesia. Rodeados los franceses de idólatras ó de cristianos nuevos, cuyas ideas temían turbar, y fuera de esto embarazados del término equivoco de adoracion, dudaron largo tiempo. Entre todas las imágenes, no querían dar honor sino á la de la Cruz, absolutamente diferente de las figuras, que creían los paganos llenas de divinidad. Conservaron no obstante en lugar decente, y aun en las iglesias, las demas imágenes, y detestaron los iconoclastas, y la diferencia que quedó no hizo cisma alguno. Conocieron en fin los franceses que no pedían los padres de Nicea para las imágenes sino el propio género de culto, observada toda la proporcion, que ellos mismos practicaban con las reliquias, con el libro del Evangelio y con la Cruz, y fué venerado este concilio de toda la cristiandad bajo el nombre de sétimo concilio general.

Así hemos visto los siete concilios generales, recibidos con igual reverencia del Oriente y del Occidente, de la iglesia griega y de la latina. Convocaban los emperadores estas grandes asambleas por la suprema autoridad que tenían sobre todos los obispos, ó á lo ménos sobre los más principales, de quienes dependían los demas, y que eran entónces súbditos del imperio. Érales suministrado carruaje público de orden de los príncipes, aunque siempre se hacían estas sagradas juntas con la aprobacion y consentimiento de los sumos pontífices. Juntábanse estos concilios en el Oriente, donde hacían su residencia, y ordinariamente enviaban á ellos comisarios para mantener el orden. Congregados así los obispos con los legados de la sede apostólica, si el pontífice no asistía personalmente, llevaban consigo la autoridad del Espiritu-Santo y la tradicion de las iglesias. Había desde el origen del cristianismo tres sedes principales, que precedían á las demas: la de Roma, la de Alejandria y la de Antioquia. El concilio Niceno había aprobado que



el obispo de la santa ciudad tuviese la misma preeminencia. El segundo y cuarto concilio elevaron la sede de Constantinopla, y quisieron que fuese la segunda. Así se hicieron cinco sedes, que con el curso del tiempo fueron llamadas patriarcales. Érales concedida la preferencia en el concilio. Entre estas sedes, la de Roma era siempre mirada como la primera, y el concilio de Nicea regló las otras sobre el modelo de ella. Había también obispos metropolitanos, que eran las cabezas de las provincias y precedían á los demás obispos. Empezóse bien tarde á llamarlos arzobispos, pero no era ménos reconocida su autoridad. Cuando estaba formado el concilio, se proponía la Sagrada Escritura, y se leían los lugares de los padres antiguos, testigos de la tradición; que la tradición era la que interpretaba la Escritura; creíase que su sentido verdadero era aquel en que los siglos pasados habían convenido, y ninguno presumía de tener autoridad de interpretarla de otro modo. Los que rehusaban sujetarse á las decisiones del concilio, eran anatematizados. Después de haber explicado la fe, se reglaba la disciplina eclesiástica y se formaban los cánones, esto es, las reglas de la Iglesia. Creíase que la fe era inalterable, y que aunque pudiese la disciplina recibir algunas mudanzas, según los tiempos y lugares, era necesario aplicarse en todo lo posible á una perfecta imitación de la antigüedad. En cuanto á los demás, los papas no asistieron á los concilios primeros generales, sino por sus legados; pero expresamente aprobaron la doctrina, y no hubo en la Iglesia sino una sola fe.

Hicieron Constantino é Irene ejecutar religiosamente los decretos del sétimo concilio; pero no tuvo igual firmeza el resto de su con-

ducta. El jóven príncipe, á quien su madre hizo casar á su disgusto, se entregaba á amores deshonestos, y cansado de obedecer á una madre tan imperiosa, procuraba alejarla de los negocios, en que á su pesar se mantenía. Reinaba en España Alfonso el Casto. La continencia perpétua que guardó este príncipe le mereció este bello renombre y le hizo digno de libertar la España del infame tributo de cien doncellas, que había su tío Mauregato acordado á los moros. Setenta mil de aquellos infieles, muertos en una batalla con Magut, su general, fueron testigos del valor de Alfonso. También procuraba Constantino señalarse contra los búlgaros; pero no correspondieron los sucesos á sus esperanzas. Destruyó, en fin, todo el poder de Irene, é incapaz de gobernarse por sí tanto como de sufrir el mando de otro, repudió á su mujer María, por casarse con Teodora, que estaba en servicio de ella. Irritada su madre, fomentó las turbaciones que causaron un tan gran escándalo, é hizo morir á Constantino, por sus artificios. Ganó al pueblo moderando los tributos, y con una aparente piedad atrajo los monjes y el clero á sus intereses. Logró, finalmente, ser reconocida por única emperatriz. Despreciaron los romanos este gobierno, y volvieron los ojos á Carlo-Magno, que sujetaba los sajones, reprimía los sarracenos, destruía las herejías, protegía á los papas, atraía al cristianismo las naciones infieles, restablecía las ciencias y la disciplina eclesiástica, solicitaba que se juntasen famosos concilios, donde era admirada su profunda doctrina, y hacía sentir, no sólo á Francia y España, sino á Inglaterra y Alemania, y por todas partes, los efectos de su piedad y de su justicia.

CAPÍTULO II

La Arabia.—El Islamismo.—El Coran.—Omar.—La biblioteca de Alejandría.—Moaviah.

La península de la Arabia que, gracias á su posición topográfica, está separada del Egipto, la Palestina y la Caldea por desiertos arenosos, no había formado nunca parte de la monarquía asiática, y ningún conquistador, ni Ciro, ni Alejandro el Grande, ni los romanos, habían penetrado allí: los árabes, por consiguiente, habían permanecido fuera de la civilización antigua. Dos poblaciones distintas se hallaban en la Arabia; los jectanidas, descendientes de Jectan, nieto de Sem, y los ismaelitas, descendientes de Ismael, hijo de Abraham. Los jectanidas, población primitiva y sedentaria, establecieron muchos reinos al norte y en el centro de la Arabia: el reino de Saba, en el Yemen, fundado por Saba, hijo de Jectan, y que tiene á Mareb por capital; este reino se llamó también de Himyar, hijo de Saba; los cahlanidas, descendientes de Cahlan, otro hijo de Saba, fundaron los dos reinos, de Hira en las fronteras de la Caldea, y de Gassan en los confines de la Siria.

Djorhan, segundo hijo de Jectan, fundó el reino de los djorhamitas, en Hedjaz, centro de la Arabia, y que tiene á la Meca por capital. Los ismaelitas, que llegaron después á la Arabia y no se mezclaron en seguida con la antigua población, tenían vida nómada y pastoril, y estaban divididos en gran número de tribus independientes, gobernadas por jefes heredita-

rios. Los ismaelitas permanecieron mucho tiempo fieles al monoteísmo, que era la religión de su primer padre Abraham, y los jectanidas, por el contrario, abrazaron el sabeísmo ó culto de los astros, llamado así por haberle profesado los primeros los sabeos, y que después se mezcló con el magismo de la Persia; el templo de la Caaba en la Meca, cuya construcción se ha atribuido sin fundamento á Abraham, se hizo el santuario de la nación adonde iban todos los años numerosos peregrinos de todas las partes de la Arabia; este culto concluyó por degenerar en idolatría aun entre los mismos ismaelitas, y el templo de la Meca llegó á estar rodeado de trescientos sesenta y cinco ídolos, y á mediados del siglo V, la Meca, capital del reino de Hedjaz, cayó en poder de los coreisquitas, tribu ismaelita. Con motivo de la destrucción de Jerusalén, muchos judíos se refugiaron en la Arabia, en donde también había penetrado el cristianismo al principio del siglo IV, siendo abrazado por los habitantes de los reinos de Yemen, de Hira y de Gassan, pero sin penetrar en el interior del país. Los árabes, por consiguiente, formaban una nación dividida en tribus independientes, cuyas cualidades distintivas eran la bravura y la hospitalidad, y que no habían perdido enteramente el carácter patriarcal. Tal era el estado de la Arabia cuando nació en la Meca el falso profeta que iba á tomar el Oriente por completo.